

carne humana mezclada con gases de aldeida, exudaciones, alcalí y sulfídrico; y pensando en su novia estaba devorado por los chinches y los remordimientos.



CAPÍTULO XI.

Serio.

HABLEMOS formalmente. Veo que la muchedumbre tuerce el gesto alleerme, que algunos centenas de Lugarditas y Marianitas Quijada, hacen un dengue al reconocerse en algunas de las anteriores líneas, y que muchos mariditos apartan su plato de mole de pecho para exclamar:

¡Qué señor tan raro! Vaya con el tal Facundo, que pretende arreglar las cosas á su modo; él tiene sus ideas y quiere imponérselas. ¡Mariditos! ¡Pues

qué quiere este señor? ¿que nadie se case joven? y pretende además que todos seamos ricos. Lo que quisiera yo es que nos la hiciera buena. Yo me casé joven, es cierto, però yo no soy espartano, yo he nacido en México y por añadidura pobre. ¿Y por eso no debía yo haberme casado? Pues quedábamos frescos.

Los mochos con piedra en la cabeza, van á exclamar:

¡Válgame el Señor Sacramentado! ¡qué blasfemias se escriben en estos tiempos! ¡Querer enmendar la plana á las Santas Escrituras!...

¡Válgame Dios! ¿Con que no debemos cumplir con el divino precepto de creced y multiplicaos? ¡Qué sería de nosotros los pecadores si no nos multiplicáramos!

Y sin embargo, de todo lo que llevo escrito, no se desprenden sino las siguientes máximas:

I. No gastes tu juventud en los vicios.

II. Sé en tu juventud sobrio, casto y fuerte, y serás un hombre útil y tu vejez será larga y dichosa.

III. No te cases joven.

IV. No te cases hasta que hayas conquistado tu independencia personal, y hayas acumulado lo suficiente para responder á las nuevas necesidades que van á presentársete, y para cumplir con los nuevos deberes que vas á contraer ante Dios, ante la ley y ante la sociedad.

V. En uso de tu libre albedrío, puedes hacerte feliz ó desgraciado; pero no tienes el derecho de hacer desgraciados á tus hijos.

Esta es la tendencia de este libro. Esta es la alta cuestión social que me preocupa; y como si hubieran sido como éste, serios los capítulos anterior-

res, muy pocos los leerían, me he permitido copiar lo que veo y decirlo jugando. De todos modos, mi intención es hacer el bien presentando cuadros de la vida real; señalando las causas de males trascendentales y funestos.

Estoy persuadido de que nuestro sistema de enseñanza se resiente de falta de filosofía educativa. Debía preocuparse el maestro; tanto de lo nuevo que enseña como de lo viejo que estirpa.

En la infancia se forma el carácter, en la niñez se prepara el niño para la juventud, sembrando en su espíritu, los gérmenes que vayan á desarrollar en el joven la ciencia, la fuerza y la conciencia; y preparado así pueda el joven llegar á hombre sobrio, casto y fuerte, para poder ser útil á sí mismo, útil á sus semejantes, y alcanzar una vejez larga y dichosa.

George Jones
George Jones

Pero si en la infancia la falta de educación, la ignorancia y el amor excesivo y extremoso, imprimen al párvulo un mal carácter y se lanza al niño después por el túnel de una instrucción enciclopédica y puramente didáctica, descuidando la parte educativa con relación á la moral y á las costumbres, saldrá al otro lado del túnel, quiere decir, á la juventud, con sus premios en la mano y sus vicios en el corazón, víctima del contagio, de la desmoralización general de las costumbres y de los malos hábitos inveterados de la familia. No puede, por lo mismo, llegar á la juventud, siendo sobrio, casto y fuerte para ser feliz. La ciencia lo lleva por un lado y las pasiones por otro, y aquí es donde hace de las suyas el amor, volviéndolo maridito.

En la admirable armonía del Universo, y desde las primeras y más re-

George Jones

motas manifestaciones de la inteligencia, los indos encontraron el principio trino de todo lo que aparecía como misterio incomprensible; el número 3 era clave de su alta filosofía.

El increado, es la inteligencia; el pensamiento, el engendro de la inteligencia ó el hijo, y el amor entre el padre y el hijo, completaba y realizaba el principio trino y uno.

Este principio trino, sigue representado por el triángulo equilátero. el dogma Universal de todas las religiones, el misterio del sér humano, y la realización de la gloriosa carrera de la humanidad hacia el ideal de su destino.

El sér humano es también trino, porque lo constituye otra triple combinación; el alma, la materia ú organismo y la vida.

El progreso humano á su vez está

simbolizado en otra trinidad, en otra combinación triple que lo constituye y lo realiza.

La inteligencia, el trabajo y el dinero.

La inteligencia engendra el trabajo el trabajo inteligente dá la producción; pero la producción es estéril sin el cambio. Cambióse producto por producto, y los beneficios de la producción se concretaron sólo á los productores. Los consumidores, entonces, por la necesidad del producto, se agrupan alrededor del trabajo, y nace el obrero, pero los obreros entonces no hacen más que aumentar la propiedad del productor; pero es claro que tienen derecho aparte del producto; ¿en qué proporción? en proporción al trabajo individual empleado. La justicia, entonces, valoriza el trabajo y reparte á cada obrero una seña representativa de

ese valor, y nace la moneda; y con la moneda el cambio, multiplicándose y subdividiéndose hasta lo infinito.

La moneda ha cerrado la combinación triple, ha formado el tercer vértice del triángulo equilátero que representa el poder creador, la fuerza motriz y el desarrollo de la actividad humana.

Todo queda ya valorizado y cada valor tiene un signo representativo y proporcional, ya no queda esfuerzo sin recompensa ni actividad sin premio; la trinidad preside y el mundo avanza.

El desconocimiento absoluto de este dogma del progreso humano, forma una falange de parias, una tribu de ilotas, que viven no obstante en medio de la civilización, con la risa de la ignorancia en los labios, maldiciendo el dinero y haciendo alarde de tirarlo por la ventana y se llaman á sí mismos

desinteresados, francos, garbosos y despilfarrados.

En cambio, los tales ilotas califican de sórdidos, de mezquinos, de tomineiros y ambiciosos á todos los que hemos aceptado la fórmula del progreso del mundo.

Los resultados de semejante criterio no se hacen esperar; generalmente esos desprendidos acaban en las cuatro esquinas, como es natural.

Por desgracia, uno de los defectos trascendentales de nuestra educación, es este:

El desprecio al dinero, como rasgo idiosincrático de la raza mixta, engendrado por la educación que recibió de sus espléndidos progenitores.
